

Un santo para una ciudad. Ensayo de antropología urbana

María Cátedra,
Editorial Ariel, Barcelona, 1997

En este libro pretendo mostrar cómo se construye simbólicamente una ciudad... y analizar la experiencia que proporciona a los habitantes de la ciudad del pasado y del presente. A través de estas categorías he intentado investigar cómo un medio dado afecta a la cultura, percepciones, actitudes, creencias y valores de sus habitantes..., y precisamente mostrar por qué Ávila es la ciudad de los santos a través del estudio de su primer santo.

I

Con estas palabras, María Cátedra resume los objetivos principales de este ensayo de antropología urbana, fruto de un largo período de trabajo de campo, de una rigurosa etnografía y de un análisis histórico que tiene como especial referente a la ciudad de Ávila. Esta ciudad castellana que es la ciudad de las murallas y de santa Teresa, es también la ciudad de otros santos menos conocidos como san Segundo y santa Paula Barbada.

Este libro, fruto de una adecuada percepción antropológica y contextualización histórica, comienza planteando cómo la figura del patrón de la ciudad, Varón Apostólico y primer obispo, san Segundo, ha sido objeto de controversia ya desde los tiempos de su descubrimiento y de su *invenção*. Pero lo más importante no es poner de manifiesto el «cómo» sino «por qué» se produce esta invención. Y es que esta invención, en su doble acepción de descubrimiento e imaginación, es una «llave» que nos introduce en el escenario de los sucesos que afectaron a la vida castellana en 1520 con la «revolución de los comuneros». Revolución

que ilumina las claves en la construcción social de san Segundo como una figura de poder.

Tal como sugiere la autora, el estudio de la ciudad como contexto puede ser una muy interesante línea de investigación. Desde esta perspectiva *la ciudad es concebida en términos holísticos, y se reconoce su fundamental heterogeneidad de agregados, subculturas y grupos*. El contexto significa la interacción de la cultura nacional con la historia específica, con la cultura del territorio circundante, y con los desarrollos internos y las experiencias externas de cada ciudad. De esta forma «*La combinación del conocimiento de una microunidad dentro de un sistema con el enfoque macro es quizás la mayor aportación de la antropología urbana*» (Cátedra, 1997: 17). Por otra parte es necesario recalcar cómo el análisis de los aspectos simbólicos y políticos, de gran tradición en los estudios antropológicos, han sido poco estudiados en las sociedades complejas contemporáneas.

La autora, con este marco de análisis, establece las dimensiones de carácter cultural, simbólico y político que han acompañado a las sucesivas reapariciones de san Segundo en Ávila. Cátedra ha escogido tres momentos y perspectivas significativas desde distintos ángulos y épocas. En primer lugar está el significado actual con la voz del santero que ha vivido en la ermita durante los últimos 20 años. En segundo lugar realiza una contextualización histórica en uno de los momentos más significativos de Ávila en el siglo XVI a través de la obra de Antonio de Cianca y, por último, refleja la disputa entre dos clérigos unos años antes de la Guerra Civil. En todos ellos san Segundo es el medio de expresión utilizado para organizar y comprender cuál es la composición de fuerzas sociales que están en juego en la ciudad. Y este símbolo, que es san Segundo en realidad, nos ayuda a comprender un aspecto esencial: entender que *la religión no sólo es un sistema de significados, rituales y símbolos que se refieren a fines últimos* sino que también es una fuerza social y política, tal como se puede ver en esta investigación.

Por ello, *Un santo para una Ciudad* es una obra de referencia. Por una parte ofrece una postura sólida e imaginativa sobre cómo una investigación en antropología urbana ayuda a comprender mejor los aspectos de la ciudad. Por otra parte, pone de manifiesto cómo la contextualización antropológica y la textualización histórica pueden desentrañar aspectos esenciales para comprender mejor la interrelación de los diferentes grupos sociales entre sí.

San Segundo y santa Paula Barbada son dos símbolos desconcertantes en la ciudad de los santos. El estudio de estos santos, a través de sus sucesivas

reapariciones en las estructuras del orden social de Ávila, demuestra en este ensayo como son figuras de poder, de oposición al poder y reflejo de los deseos de los diferentes grupos de la ciudad.

II

San Segundo es descubierto –se supone que hacia 1519–, por los cofrades de san Sebastián en la ermita dedicada a este santo y a santa Lucía, en la periferia de la ciudad. San Segundo es algo más que una nueva figura en el escenario simbólico de la Ávila del siglo XVI. Es el motor en torno al cual se constituye una ciudad como Ávila en uno de los momentos más importantes de su historia. Cuando se produce el descubrimiento del sepulcro donde estaba el santo, una serie de fuerzas sociales entran en escena. Los cofrades de san Sebastián, descubridores del sepulcro en su ermita, se oponen al poderoso cabildo impidiendo el proyectado traslado del santo a la catedral. Y cuando esto sucede –en 1594 más de 70 años después– queda reflejada la paulatina pérdida de poder de los cofrades.

Pero en el momento en que es descubierto san Segundo, Ávila cuenta con una clase social en ascenso que está demandando un reconocimiento de su posición social. Existen varios métodos alternativos de adquirir influencia y status por parte de estas personas ricas y *cristianos «nuevos»* e intentar resolver su frustración por su falta de poder político: *«uno de estos medios es el control de importantes símbolos e instituciones religiosas: La posesión del cuerpo del primer obispo no era, desde luego, una bagatela»*. (Cátedra, 1997:141). Esta manera de obtener status y justicia indirectamente no significa que no se exigiera directamente. De los cinco patrones de san Sebastián que descubren el cuerpo de san Segundo, tres participaron en el movimiento comunero y uno de ellos fue «exceptuado». Los tres patrones eran comerciantes de telas que aparecen en las listas fiscales aportando las mayores contribuciones en las alcabalas. Porque en Ávila existía en ese momento un núcleo urbano de carácter industrial dedicado a la transformación de la lana, actividad que ocupaba a más de la mitad de los artesanos de la ciudad. Era una ciudad que no sólo parecía un convento, tal como ha demostrado Serafín de Tapia, Ávila con un 60,7%, tenía una de las poblaciones activas más altas de Castilla y un nivel de alfabetización sorprendentemente alto. No deja de sorprender que en un censo de actividades del siglo XIV ya aparezcan 28 oficios diferentes relacionados, entre otros, con el trabajo del hierro y la confección de tejidos. La misma composición de la ciudad reflejaba diferen-

tes formas espaciales especializadas en la producción. En la periferia estaban situadas las actividades agrarias y ganaderas mientras que las actividades artesanales se encontraban situadas en el núcleo urbano. Pero como muchas de las ciudades fuertemente amuralladas, el campo penetraba con las huertas internas que cumplían funciones de abastecimiento en el mercado local y de subsistencia. En una de esas zonas semiperiféricas de la ciudad, con un 80% de población activa dedicada a la transformación textil y de cueros, es donde se ubicaba la ermita que guardaba el cuerpo de san Segundo.

La cofradía se convierte en una institución clave en este proceso. Estas agrupaciones profesionales de los artesanos muestran un fuerte sentido corporativo y están ligadas a la religión y al culto a los santos. Tal como ha demostrado Peter Burke los gremios ayudaron a diferenciar la cultura de los artesanos de la de los campesinos. Y las corporaciones de tejedores y zapateros, con su capacidad de escritura y lectura, rápidamente se diferenciaron del resto de asociaciones. Willian Christian ha puesto de manifiesto la importancia como fuerza social de las cofradías, al actuar en dos frentes de ordenación social. Por una parte eran células locales para la devoción cotidiana y fomento de la solidaridad en casos de entierros y asistencia a los pobres. Por otra formaban parte de una dimensión ciudadana que las hacía asumir parte de las procesiones y una intervención en momentos críticos.

En todos estos movimientos de descubrimiento, invención y traslación, está presente la importancia, el papel, que san Segundo va adquiriendo en la ciudad. San Segundo responde a los deseos e intereses de los abulenses en un momento histórico determinado. De esta manera, la invención de un santo como san Segundo nos permite conocer, a través de investigaciones como la presente, cómo son y cómo fueron aquéllos que lo inventaron y cuáles eran sus aspiraciones. Muchas personas, tal como demuestra Cátedra, necesitaban esta figura de poder. La cofradía quería un santo que intercediera por ellos y los ayudara, la ciudad necesitaba un Varón Apostólico que diera nobleza a sus orígenes, los abulenses un capitán que les diese valor recordando sus antiguas grandezas, la jerarquía eclesiástica un primer obispo y el Rey un administrador de la ciudad.

San Segundo responde al modelo de poder establecido en diferentes épocas, pero especialmente en el siglo XVI. Este es el obispo fundador, prototipo de la cristianización en la península ibérica y que cumple con el ideario tanto culto como popular del santo patrono, idea de la comunidad al

representarse a sí misma en dicha veneración. Uno de los aspectos más sugerentes en esta investigación muestra el paso del poder desde la comunidad al Estado Moderno. Y para ello estudia uno de los sectores urbanos menos conocidos: el de los burgueses y los artesanos. Esta clase social es la que pasa a formar parte esencial del nuevo entramado urbano. Y su fuerte aspiración de protagonismo en las instituciones locales y municipales –quizás la única manifestación política posible– choca con la presencia de un nuevo elemento en la organización del poder: el Rey Absoluto. Las atribuciones municipales, que eran prácticamente universales, van pasando poco a poco y en términos políticos a manos del Rey. Y san Segundo no es ajeno a este movimiento. El santo se convierte en un símbolo de poder, de salud y de riqueza. Y en el transfondo hay una lucha por el poder que se evidencia de manera significativa en el entorno urbano. «*Los santos son como las personas... y están envueltos en una interacción dinámica con sus estructuras internas y externas. Más que «de donde vino» es «donde fue», cuales son las idas y venidas de los huesos por toda la ciudad»* (1997: 205).

La ciudad se convertirá en el lugar donde el culto a los santos adquiere una mayor dimensión. Las prácticas asociadas al ascetismo y la penitencia se dieron en gran medida entre las clases urbanas. Y el culto a los patronos de las ciudades bien pudo servir como fuente innegable de legitimidad histórica a sus oscuros orígenes. Además, la intercesión de los santos mitigaba la ansiedad provocada por los bienes materiales, dando tintes de respetabilidad y prestigio social a personas que ejercen profesiones poco altruistas. La ciudad con su pujanza económica estimuló el individualismo religioso y la asociación popular, construyendo mitos y símbolos que promovieron la conciencia cívica.

De esta manera el ensayo de Cátedra muestra cómo un santo de origen campesino, humilde, situado a las puertas de la ciudad y perteneciente a una cofradía local se convierte en una figura central en la ciudad de los santos. De la ermita a la catedral se traza el espacio que delimita simbólicamente dos lugares diferentes que suponen ideas contrapuestas sobre el paisaje urbano, grupos antagónicos a pesar del vínculo de mediación que implica la presencia de san Segundo.

III

El período comprendido entre la invención del santo, en los albores del movimiento comunero, y su traslación a la catedral a finales del siglo, marca con gran precisión la paulatina desaparición de la

cofradía. No deja de ser significativo que junto al poder que pasa a manos del rey, el hueso mayor del santo sea enviado –por solicitud propia– a Felipe II.

Al igual que san Segundo, santa Paula Barbada es algo más que una nueva santa en la ciudad. En este caso la historia narra cómo una campesina humilde que nació cerca de Ávila –en la aldea de Cardeñosa–, vio crecer su barba para engañar a un caballero que pretendía violarla, cuando visitaba la ciudad. La compañera de san Segundo en la ermita ha sido prácticamente olvidada de las mentes de los ciudadanos de la Ávila contemporánea. Pero forma parte de la estructura cultural de la ciudad, como enlace de lo que se ha llamado la Gran Tradición y la Pequeña Tradición. Y santa Barbada, que es un contrapunto al obispo que encarna la autoridad doctrinal, está caracterizada por su ascetismo y su asociación con los campesinos.

En el camino que conduce del campo a la ciudad, santa Barbada simboliza la necesaria relación interdependiente entre lo rural y lo urbano. Refleja cómo surgen las condiciones que permiten la creatividad al reformular viejas tradiciones y cómo es tratado el tema del poder. La antigua santa que visitaba la ermita y venía a vender los productos del campo en los mercados de la ciudad, se transformó en intermediaria entre los campesinos y artesanos de la ciudad. Y en nuestros días, con la revitalización del culto, se ha convertido de nuevo en intermediaria para «*los madrileños de Cardeñosa –es decir, los inmigrantes del pueblo a la gran ciudad también la santa es el vínculo que une el campo y la ciudad, aunque esta vez es en sentido inverso al que la santa inició.*» (Cátedra, 1997: 176). Santa Barbada es un símbolo de identidad social para los dueños del chalet de fin de semana en Cardeñosa, al igual que hoy san Segundo es el patrón de la asociación de vecinos de los chalets adosados en Ávila.

Una ciudad como Ávila es construida piedra a piedra y símbolo a símbolo. Entender el entorno urbano significa conocer la imagen y la estructura simbólica de la ciudad. En este trabajo la autora tiene en cuenta el pasado de la ciudad –algo que no es frecuente en los estudios urbanos–, prestando atención al contexto y a los símbolos. Con este ensayo de antropología urbana, María Cátedra pone de relieve cómo se puede desarrollar una investigación sobre un tema difícil y escurridizo, con rigor y amabilidad. **Un santo para una ciudad**, no es un libro sólo sobre lo acontecido en Ávila, es un ensayo que permite acercarnos a esa múltiple diversidad cultural que nos rodea, desde una perspectiva antropológica de la ciudad y con una nueva mirada a viejos materiales.

Leopoldo Llaneza Fadón

